

La Historia ¿para qué?

Juan-Sisinio Pérez Garzón
Catedrático de Historia

El “informe”, bien vapuleado, de la Academia de la Historia (real, por más señas), ha tenido el efecto de reavivar un debate que es necesario ajustar con otros parámetros. En efecto, hay que cambiar los referentes y los objetivos del debate. La historia de la historia es clara: lo que hoy llamamos ciencia histórica se fraguó en el siglo XIX como un saber nacional y como una disciplina patriótica, implantada desde los respectivos Estados-nación que la burguesía liberal organizaba contra los poderes teocráticos y absolutistas de los estamentos del antiguo régimen. Este proceso fue general en Europa, y España no quedó al margen. Desde que los liberales controlaron definitivamente el Estado, a partir de la Constitución de 1837, se implantó el sistema educativo con el que estamos endeudados en esos tres niveles de Primaria, Secundaria y Universidad. Se reguló el sistema de libros de textos autorizados por el Estado y entre las asignaturas obligatorias para moldear las conciencias ciudadanas fue básica la historia nacional. Por primera vez aparecen los libros de historia de España. Se trataba de que gallegos, catalanes, andaluces, etc. se *hicieran españoles*. Se inventaba España como unidad política que se proyectaba hasta tiempos inmemoriales, hasta la prehistoria. Pues bien, ahí seguimos atados. España, una creación política de las Cortes de Cádiz y una invención historiográfica del romanticismo liberal, la pensamos hoy como una esencia inmutable desde la prehistoria y de forma anacrónica tergiversamos la realidad cuando, por ejemplo, enseñamos esos mapas de España en la prehistoria, edad antigua o medieval...

Pero el debate ahora es otro. A esa entidad esencialista de España le han salido diecisiete competidores. La nueva realidad autonómica exige que cada ciudadano de Murcia, Canarias o Euzkadi conozca su realidad de convivencia política más inmediata. A ese espíritu respondía el decreto de 1992 regulando contenidos mínimos. El escándalo surge cuando los esencialistas de la España inmemorial ven que sus contenidos no acaparan el cien por cien del texto, o que esas diecisiete realidades no se explican como una parte incuestionable e inseparable de esa gran unidad indivisible de *nuestra España*, falsamente y reiteradamente enseñada como *unificada por los Reyes Católicos*. La Academia y sus voceros, efectivamente, han pinchado. En lugar de bucear a la búsqueda de un *Ebro catalán*, podían haber planteado que el alumnado debería de saber que tanto valor universal, por ejemplo, tiene **Jorge Manrique** como **Ausias March**, porque ¿en cuántos libros de texto se enseña la poesía de Ausias March? ¿o es que no forma parte de esa España unida por tantos reyes a los que gustan conmemorar con tanto dinero público? ¿o no es tergiversación seguir hablando de *reconquista* en los libros de texto como si lo musulmán hubiera sido un paréntesis cuyo final obligatorio era su expulsión de una tierra que estaba destinada a ser cristiana? ¿acaso no funciona por miles de informaciones fragmentarias que España es la *tierra de María*? ¡Del Pilar, de la “Moreneta”, de Covadonga...! ¡O de Santiago, que nunca pisó esta península! Y sin embargo la Academia se escandaliza de algunas *tergiversaciones* de los textos autonómicos: ¿ha examinado también las *tergiversaciones* españolistas?

Hay que salir de esa pugna por medir los milímetros de historia que en un texto me toca a mí o a ti. Es una pugna basada en la exclusión del otro. El debate debe plantearse con otro objetivo. Esto es, si la historia ha estado en el sistema educativo desde el s. XIX para formar ciudadanos, si hasta ahora ha servido para formar *españoles*, y desde hace unos años

también para formar catalanes, *andaluces o riojanos*, entonces podríamos plantearnos una salida en dos niveles. Primero, que la historia enseñe la realidad de una España conflictiva, construida sobre las conquistas de monarcas absolutistas, arbitrarios y nada ejemplares, que nunca tuvieron idea de construir esta España que hoy vivimos, y, por tanto, que el alumnado de Cataluña sepa quién es **Blas Infante**, como el andaluz conozca a **Maragall** o **Castelao**, que todos sepan que si **Sabino Arana** era racista, **Cánovas** era un activo esclavista a cuyo mérito deben los actuales cubanos de color haber tenido un bisabuelo esclavizado hasta 1886, nada menos. Pero en segundo lugar, y aquí se abre un nuevo debate, hay que reorganizar los contenidos para que la historia sirva para formar una ciudadanía universal y multicultural. No podemos enciscarnos por esos milímetros de patriotismo ibérico, cuando la realidad global nos desborda y es la que está absorbiendo y tirando de nuevas exigencias educativas. La historia, por tanto, ha cumplido el ciclo de formar ciudadanos de una nación o de un territorio (por supuesto que deben seguir conociendo sus más inmediatos referentes cívicos de identidad), pero la historia debe abrirse a un nuevo debate: ¿Cómo ser útil en esta nueva etapa de la ciudadanía universal por la que queremos luchar y en la que tenemos obligatoriamente que conocer las culturas de *otros*, de millones de *otros* que ni son europeos ni cristianos? Es el reto en el que un sindicato como CC.OO puede inaugurar el debate de nuevos horizontes de ciudadanía, desde la experiencia de una sociedad como la española. Porque nuestra sociedad es pluricultural, con cuatro idiomas. Nuestra gente se encuentra más atraída por esa *americanización* global, a la vez que tenemos el urgente compromiso de plantear una multiculturalidad africana, asiática, latina en nuestras ciudades que, sin duda, será creciente... En definitiva, estamos en un buen laboratorio para debatir ¿qué historia enseñar, por ejemplo, a un chaval musulmán en El Egido, Lavapiés o el Llobregat?